

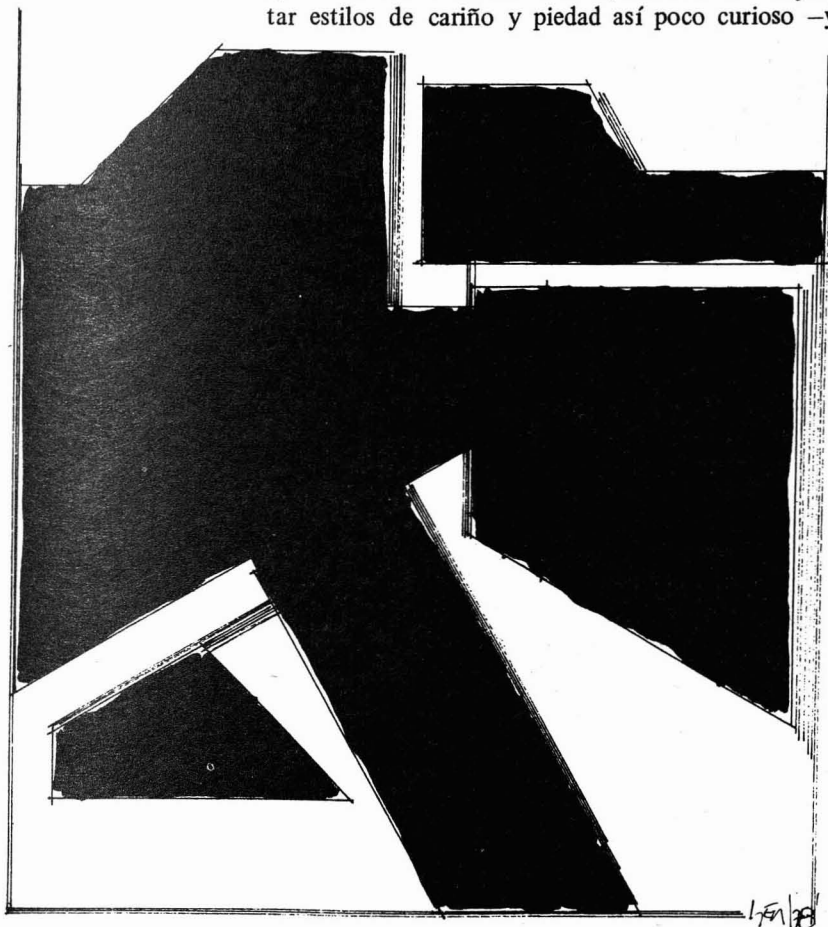
Daniel Sada

Lampa vida

(Fragmento de novela)

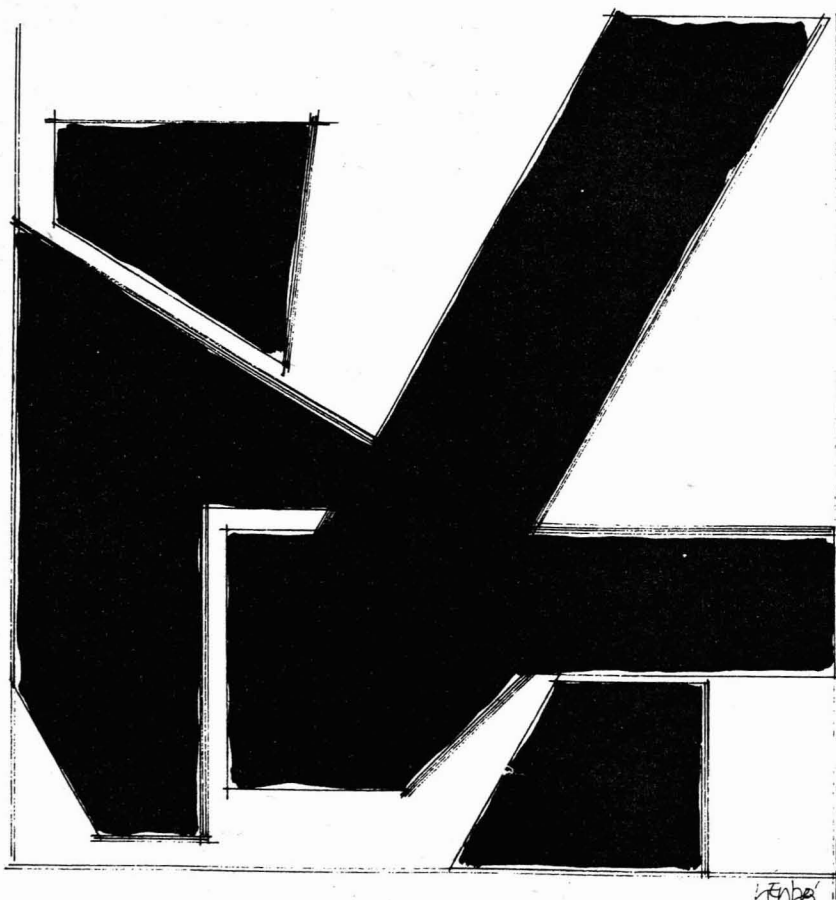
Un clima de cunatas daba fin a la casa. Caído era el sereno un vestigio de negros, hasta lindes de alta guarnición. Puerta alzada del reino, abierta, que penetren los rezos, los juro del desierto. Del aire las figuras terrenas, flotar de los oscuros y los claros: lienzo, acaso aparición de caras, el algo que se eleva allá lejano. Que una figura que habla tiene que custodiar los intentos de gracia. Y así magnate, con inútiles embates de gran orco, pañudo, tullido de mejillas, él: Don Cristino Curiel, reemplazando propiedades de adusto por cierto vigilante temeroso. Debía avanzar a colmos de ordenador pacífico. Debía decir lo de la estancia, decir agudo que antes que después pasan cosas de miedo, de tragedias, pero ahora es un ansia. Ustedes, el Retes y la Lola, no titubeen tan fácil si esto del hogar y la cena es una vez y vez satisfacción. Préndansen, gusten a lo sabroso, lo mío es suyo, y es algo cotidiano aquí. Los enamorados supieron la confianza y pues ruidos de boca, sació, ojos biolos, carne rumbosa de preferir hasta rellanos. Y Don Cristino Curiel se hartaba de alegría al verlos. Decía para su adentro: "válgame" y luego dejaba escapar por las narices el humo picante del cigarrito de hoja. Que nacían paraísos de una niebla rojiza bañada de siluetas a la casualidad de la reunión. Que era escaso el aparte. Que el dueño estaba de ínfulas, tratando de conjuntar estilos de cariño y piedad así poco curioso —y

no para desprecio— se hacía recio de modo. Dominador. No hagan las ceremonias. Su visita nos honra. Sabemos de sus laberintos, ah, si pasan otros días, ya los darán por muertos. Que ya veo a ese Marcio Tuñín de Camoatí, su muñidiza de siempre, forma un tal alboroto de hasta dar campanadas en la iglesia, si esa raza enojada, y los escopeteros del alcalde, que tienen buen olfato, si un gran arte enseñado, y ustedes ya lo piensan. ¿Remediar? ¿Qué? a ver digan la forma, ¿huir y huir pues? no, no queda más que aguantar castigos. El dueño luego pescándose las uñas. Luego cuajado en ideas de hombre interior y lo agregado al desgano. Con postura apimada en molde desastroso, si como desparramándose en la silla del comedor a cada que intentaba sumir las manos en las bolsas del empetaco. Se dijo así hombre comercial y continuo al desvare aprendedor. Como detalle y solo que se desprende de hielos y escalofríos. Si púrpuras valles lo invadían por entero, su cabeza a lo malo se ponía. Querer ampliar sus dejos de experiencia. Entonces sí, por sus excesos de actor no parece que miente, repite alabos, anda faltero de alguna sensación. Píngüiris de rebelde o de indefenso, rasca y rasca los pelos de las ancas para solucionar el pique de animales molones. Que rieguen la pimienta en la mesa y así evitar, así presumirá que hoy dio órdenes claras. Mientras los enamorados comían Don Cristino Curiel hizo referencia al tema del día. Miren, la gente hoy no quiso comerciar. De San Juan de Boquillas viene este enjambre de guangos fraudulentos, hablan mucho de lo que venden. Que la siembra del Inocencio Cortines es muy buena, sepan que eso calentará a Don Elpidio Barrientos, él es el hombre de más ganado en Maloja, cosas de aquí. Que el dueño se pone a salvo de las semejanzas y hace cómica historia del comerciante baratero que ha querido ser siempre. Lo importante es que la gente se arrime a uno. Fiador y grato. Desde otras veces se obstinó en parecer un tierno inofensivo. Esta mañana. Garumeleón de rompes porque Dios, ah, porque Dios oye mucho. ¿Será un rústico? ¿un alteador? Que esta mañana el dueño se revisó en su espejo y luego le soltó palabras de confianza. Colocarse el sombrero, que se note la punta separando las cejas para darle armonía a toda la cara. Aquí está igual y conservado. No dañado por los vires de un misterio de cruces. Ahora el Retes y la Lola lo ven fino y resuelto. Era de una bondad inoportuna en la ocasión, ya lo verán. Enojarse cuando hay que enojarse. No, pues no. ¿Cómo está? según parece le ha ido bien, a nosotros usted no sabe. Don Cristino Curiel sonríe con cierta ciencia. Por sus muecas ligeras inmediatamente se le nota que es seguro en sus acciones. Sabedor él que el ansia no dibuja su boca. "Pues lo normal. Problemas y problemas, pero soy optimista y ¿quihubo? Hago lo que pienso. Nomás." Era buscar una anticipación a los extremos. Era falsía de motivador. Puro hasta lo



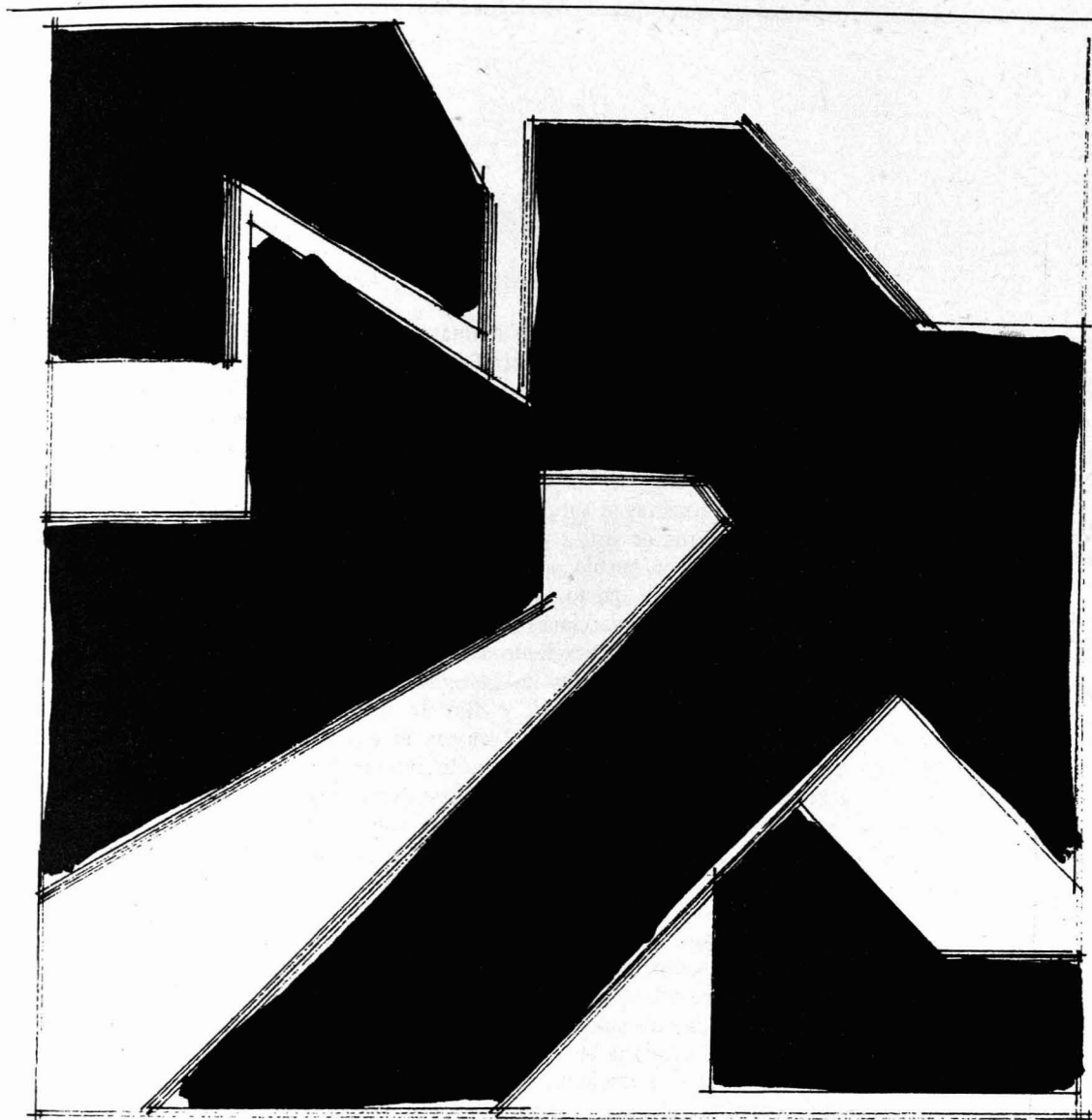
imposible. Y ahí está practicante al unísono con las maledicencias de los guangos, midiendo los momentos, recio de modo, con los nervios alzados en el pescuezo, tullido de mejillas por mientras pasa la cena y aumentan las intuiciones del Retes que tiene muchos viajes y hasta podría atinar un cálculo del mundo. Que tendrá oficio para burlar maniobras. Un descote de limpio jugador. Que ultimado. Tachado y traicionero. Aquel que gusta del venir sombrío de las ánimas, como un velo santano. El comedor: aquello se convertía en una enorme borla prodigiosa amalgamando un rito de claroscuro íntimo. Sea, y es seguro jurarlo.

En secreto, vanos estrépitos de luz vencían los ramaderos. Desgracia correntida con viento que del plano recoge una franja otoñal para viajarla en la ola nocturna bañante de amasijos carnosos: vagas formas que duermen en dulzura, idas del mundo a tientas sin suplicio de clima, y necesarias. Viento. Grande viento en Maloja y su rastro de lunas como entierro de un quieto suceder. Un ruilón chorro. Si custodia vanidades humanas: presencia semejante al engibar de algunas esquinas; desplomío, dejo de resplandor que arrastra por la hierba, si era un alma esparcida, tóvia con chufa que separa el adentro, tan de magia. ¿El ruilón? algo frecuentaba la noche, algo, para desvanecerse, y era lento el sabor de aquellas cosas. Redujo de un portado. Hasta un



menor rumor se ciñe a su rápido espacio y leve alza sereno para abarcar la casa de hospedajes. Suenan la mesa, vibra como una alegría entera. Allí era Don Cristino Curiel. Era un loco de muecas. Ellos eran también los animados, cada quien. Osadía de la noche. Tregua de alguna plenitud futura en el rondío. Si era la casa así, igual de fuerza calma, pero ellos despacio en el pasar la soportaban tan sencillo, por lástima y por bien. Ellos tenían que preguntarse de ellos pues tantos años de que no se miraban, y aunque a ratos tristeza, ahora se podían con más sinceridad; aunque la Lola ya, con notorio ejemplo de sueño dijo no poder estar continuando, y lo dijo pronto: "perdonen", lo que fue sobrio. No esperaría las curas, si así, pues ¡vete! , y el dueño le enseñaría la alcoba con ventana en la altura, que le entre lleno el sol en plena cara y el ruido de carretas. Entonces quedan en el comedor Don Cristino Curiel, el Retes y Amparo. Ahora usuales tienen placer mejor. Pueden planear, aunque el viento: esa ánima difusa, sin embargo ¡qué luchas! , podría decirse de un rarísimo afecto que emprende hacia la soledad y la locura, antes bien, miedo. Y ¿cómo pensarían? ah, pues el Hugo Retes siente otros movimientos. Con semblante de gárruz su cara es juego malo. Se asoma a la ventana. Ve que llueve fino e invariable. Parece que su interior ordena algún transcurso que ensaye sus ojos hasta profundizarlos a un color hechizado. Que no se aleje. Que no se pierda con tanta mansedumbre. Es mejor resolver, aunque difícil. Y volvió la cara hacia los dueños. Las imágenes cobraron una codicia cruel, como un agravio que él sabía, pues el Retes no quería marcar límite entre lo real y el sueño. Entonces quiso parecer un conquistado suplicante, alguien que escucha las doctrinas para luego inventar el porvenir, las borrosas distancias, un intérprete, un testigo de todo aquel vivir. Un oficiado así, con instintos de amor.

El dueño tendía a disfrutar los acentos de la convivencia. Lampudo en que lo de la marqueta es tema de triunfar y ponerle un remedio a los villanos. Habrá carácter de sorteador que hace chicas para situarse revanchero. Pensaba con espíritu pausado que nuestra desgracia es no tener a quien heredar. ¿Qué pasará con todo esto? ¿Quién se quedará con nuestros retratos? Luego se hizo sensible. Dejó correr una compasión discreta. Vino un silencio mínimo, y el comedor apenas si tenía término y se hacía de cuenta que la cocina de tan arrojada parecía un cuadro colgado de la pared, sólo veraz cuando se sometía a la aparición de la dueña que va y viene regando el café y las migas cemitas. Así grave Don Cristino Curiel se puso a observar con mayor detenimiento la demasía mundana del Retes y la Lola. ¿Pues, éstos? La cautela del dirigir. Ellos vantados sorbiendo el caldo a tramos. Concretos de actitud. Que el suceder encantador de la comida. Ellos al método. Ellos son puros inteligentes.



tes. No, Don Cristino Curiel no quería maneras. "Siéntanse como en su casa. Coman sin conformarse. Y no se obliguen a insistir en las reglitas tan conocidas. Recuerda Retes que yo te debo favores". Los enamorados al oír las moralejas del dueño supieron tan pronto que se trataba de un hombre de afán. Había algo de chanco en sus verdades, pues tal era la juntura del sabio comerciante al que no le acuden los nervios en los ratos de definición. Hubo un consentimiento, y dado ya, el Retes fue al desconchado, mismo, rulito. Que analizar los inventarios del dueño. Sin premisas Don Cristino Curiel sonrió con valentía. Pues es un ganado de casta que ha ido creciendo en praderas artificiales. Sí. Ver la entrada y la salida. Ya vistas, después se actúa: tantear. Pues el mandamás pide y pide. Que se hace un gran jaleo, créanlo. La gente se forma de motivos e insulta. No, pero todo es en secreto. Prohibido hablar de injusticias. El mandamás es Elpidio Barrientos. Lo del vender conveniente es cosa que sí o que no de Elpidio Barrientos: robusto picón, viejo de amargas causas. Pues conductor tranquilo de los suatos. Y tú cuídate, no difieras, detente a lo más. Gritar, protestar, no, eso es muy criticado, da lugar a muchas composiciones. Aquí el bregar y bregar. Y recoger lleno. Y ser madrugador. ¡Ande! Al apretón está Maloja. Oye el Retes que es pueblo de rivales. Aunque de lejos, con sus ríos viboritos y la roscura de arboleda musical, parezca la caricia. Si hay que andar preciso en esto del trajín y el flecho.

Ser hábil parador, con las tretas estrictas del que frena y consigue. Y un Retes garrudo y ahora acompasado con el sorbo caldero, que sea que de repente rompa el suspenso con órdiga exterior. Que lamenta lo de las riñas marqueteras. Un gran juicio está. Un hombre hecho para el ver y el saber qué hay detrás de las puertas cerradas. ¿Lo lejos? ¿Las estrellas punteadas? Sí, debe ser. ¿Luciérnagas? Sí, acuérdate. Sí, sí. Y míralas con ganas, qué mundos para el amor. Y esta es tierra de nadie. Y el Retes mira a la Lola mientras se limpia la boca con el mantel. Luego se besan las bocas, un beso de mucho movimiento como los que se dan en las ciudades. Y Don Cristino Curiel se hace el inocente. Que tú, que yo. Que aquí todo va de juramento. Maloja. Los enamorados. Y muy lozano su grado de semblante. Empiezan a saciarse. Y viene ese "oh alma, qué caricias habrá". Oh Dios. Y una estría otoñal apaga al riachuelo de voces. Y el comedor remoto como un punto brillante colgado de las ramas del cielo.

En la mesa un altercado entre el rojo y el gris: ondular pétreo. Color tañe el mantel que reserva madrugadas pletóricas, un flotar de hilos verdes, un declive de telas encendidas. Receptora de ojos la tartina es un molde de ánimo, llanura entre las huellas. La tartina: una batalla armónica de pingajos pelmados que oscilan repitiendo reflejos, lejanías, movimientos de carne, amables voces, humo enredado en formas que elevan un cuadrante regulado por

los rayos lunares. Si era luego alguna resonancia depurada: el golpazo del Retes, el efecto. Si es que la discusión, ningún punto concreto, mal instante; y los pliegues terrenos se unían casi después, hacían germinar una penumbra lisa que espaciaba los suelos y subía por los cuerpos. Un contemplar, y el Retes protegido por sombras se anegaba al sacío. Más se le iban pensamientos de listo, que así con sus azares seguir de pueblo en pueblo, que mejor no y esperar a la muerte estando quieto. ¿Sea Maloja la estancia? Aquí no hay direcciones, es tan cerrado el valle, es tan despacio el desplome de cuevas, es tan casi en silencio. Y el Retes un inseguro que más pedía café: "Otro, otro", así, y dijo de su vida: "quiero hablarles, y a ver si me conocen luego. Yo no soy como piensan, me importa la bondad, la gentileza", Don Cristino Curiel a la prisa desvariaba el portento: "yo conozco tu vida. Como que no es muy real". Y agrega Amparo: "dicen que el coyote anda por los desiertos inventando los bultos y las sombras. Pero el desierto todo convierte en trampa. Retes, con esto, bueno, quédate en un lugar para que valgas. Acuérdate la trampa...". Pero su mente no estaba como clara. "Es que he sido así siempre. He ido por ahí buscando gusto. ¿Componerme? ya no", el Retes requería las imprudencias estultas de los dueños; pero la respuesta: "el no establecerse en algún sitio no alcanza a ser ley plena". Y agrega

Amparo: "déjate estar en la costumbre nuestra. Habrá quien desee ser un amigo tuyo. Ser alguien que te abunde y resuelva. Ya sabes, eh, ya sabes". El Retes oía sin atender. Quiso tartamudear de corte y tajo, pero supo que el exceso de palabras mal sacadas pueden ahogar hasta al más respirón. Que entonces el Retes se dejara arrullar por la tierna saruma de la noche. Que todo concentraba la mesa: un núcleo que captura tres figuras funestas, o ese luto de las ánimas viejas la marea moribunda de los ojos soñozos. La ventana, la lluvia solitaria: solitaria del valle. Y el migo de los astros seguía afuera. Acá era el comedor: lámparas distanciando el delirio de un hombre acrecentado que se tapa la cara, que no quiere mirar el exterior, el continuado malo, los lloros sensitivos que venían del ambiente para él: asuntos del colmado de la tierra. Y pensaba ir mañana a la colina a meditar, a sentirse más solo. Del crepúsculo la incandescencia que recorre los nudillos del risco, las chivitas, los maromos del valle, el espacio ya abierto de las almas, los rumbos de pureza, la roja cabellera del sol descansada en los cerros, los chamizos untados al espaldar terrestre: meditar, sostener un reposo, abrir los ojos, cerrarlos. ¿Quién perseguirá a quién? ya nosotros huimos y seguimos huyendo. La Lola y el Retes agarrándose dulce en la punta del cerro. Yo contigo y así y ¿adónde vamos? Me da miedo. Alguien nos encontrará así. Y el Retes débil en el ambiente mucho. Sólo situar su vida: borusco complicado. Que era un payaso huido, su inmensidad fortuita. Y los dueños lo tienen memoleta, a pura tatahuila. Lluviando el necio hábito de la intranquilidad. De plebe sentía lo correteado y hasta el polvo afanaba. Que todo el mundo me daba de riatazos hasta dejarme muerto. Como para el olvido. Pero sé que la Lola no me sabe. Ella me da valores que yo ya abandoné. A un costado del Retes aflora un levantar invitador de sotolito. Jujas, desunión de machunches, el monótono brillo de saltines que estremecen de ruido. Retes lo toma y lo bebe hasta adentro. Ya eso, la lengua sana para enterar a los dueños que anhelan un cerramiento. Almacenando aire el Retes sin soltar los cinismos recordó. Que me querían por eso, les quitaba el sufrir. Mañana voy a las tandas. No quiero que la Lola salga de con ustedes. No quiero que ella sepa que yo soy un artista de pueblo. Inventen la mentira. Que soy un negociante. No quiero que se entere de lo poco que valgo, aunque yo valga mucho para ella. Todos estos días de fiesta guadalupana estaré dando funciones bien chistosas, y yo me sentiría del asco si ella me ve con el entomatado y la harina encima de la cara. Así el Retes hizo el ruego a los dueños. Que antes el payaso pierde su vista en el techo cintureado del viento, un manto de infinitos. Que lo embriagó la danza de celestes, el corazón iluminado de una virgen, la sombría masa agregada que pretende zafarse a colosal como longura de oro.

